

cias. Basta por este correo: el adjunto discurso acabará de ilustrar la materia. Entre tanto salude usted á los amigos, y mande á quien lo es suyo muy de veras, etc.

CARTA OCTAVA

Romerías de Asturias

Amigo y señor: Habiendo hablado de tantas cosas serias, permítame usted que le hable una vez siquiera de cosas alegres y entretenidas, y le dé alguna idea de las únicas diversiones que conoce el pueblo de este país. Tengo indicado mi dictamen acerca de la escasa suerte de nuestros labradores, y es justo que ahora diga algo de la única recreación que se la hace llevadera.

Ya inferirá usted que no le voy á hablar de teatros ó espectáculos magníficos, pues por la misericordia de Dios no se conocen en este país. Las comedias, los toros y otras diversiones tumultuosas y caras, que tanto divierten y tanto corrompen á otros pueblos reputados por felices, son desconocidas aún en las mayores poblaciones de esta provincia.

Se puede decir que el pueblo no tiene en Asturias más diversiones que sus *romerías*, llamadas así porque son unas pequeñas peregrinaciones que en días determinados y festivos hace á los santuarios de la comarca, con motivo de la solemnidad del santo titular que se celebra en ella.

De estas romerías voy á hablar á usted, ó por mejor decir, se las voy á describir, para darle de ellas la más viva idea que me sea posible. ¡Ojalá pudiese inspirarle también alguna parte de aquellas deliciosas sensaciones, que tantas veces excitó en mi alma el espectáculo de la inocencia pura y sencilla, entregada al esparcimiento y alegría! Espectáculo tanto más digno de la atención de la filosofía, cuanto más relación tiene con el interés general de estos pueblos, y cuanto más influye en la felicidad personal de sus individuos.

Por lo común se escoge para escena de estas religiosas concurrencias el sitio más llano, frondoso y agradable de las inmediaciones de la ermita, y en él se colocan á la redonda las tiendas, los comestibles, los toneles de sidra y vino, y todo el restante aparato de regocijo y fiesta.

Como el mayor número de estas romerías es por el verano, desde la víspera empiezan á concurrir al sitio acostumbrado todos los buhoneros, tenderos y vendedores de frutas y licores, y aun algunos de los romeros, que forman debajo de los árboles sus pabellones para pasar la noche y guarecerse en el siguiente día de los rayos del sol, ó bien de las lluvias, que aquí son frecuentes y repentinas en todas estaciones.

Se pasa toda la noche en baile y gresca á orilla de una gran lumbrada que hace encender el mayordomo de la fiesta, resonando por todas partes el tambor, la gaita, los cánticos y gritos de algazara y bullicio, que son los precursores de la diversión esperada.

Con el primer rayo de la aurora, salen á poblar los caminos los que vienen á la ermita atraídos de la devoción, de la curiosidad ó del deseo de divertirse. La mayor parte de esta concurrencia matutina es de gente aldeana, que viene lo mejor ataviada que su pobreza le permite; pero con una gran prevención de sencillez y buen humor, que son los más seguros fiadores de su contento.

Sobre todo, la gente moza echa en estos días el resto, y se adereza y engalana á las mil maravillas; porque ha de saber usted que suelen ser estas las únicas ocasiones en que se ven y se hablan los amantes, y aun en las que se suelen zurcir y apalabrar muchas bodas.

Cuantos vienen á la romería, entran luégo que llegan y pueden á la ermita á hacer sus preces, y es sin duda admirable la sencilla devoción que se nota en estas pobres gentes. Porque siendo así que la efigie que representa al santo titular, suele ser una figura enana ó extremadamente lánguida ó esbelta, de forma y escultura gótica, mal estofada y corroída por todas partes de la polilla y la carcoma, vería usted (y lo vería con edificación) cómo nuestras buenas y devotas aldeanas, postradas en su presencia, la cabeza inclinada, y cruzadas las manos, imploraban de ella el alivio de sus necesidades y aflicciones con su fervor y confianza.

Después de rendido este culto, todo el mundo se da á la negociación y al tráfico. Cada romería viene á ser una feria general, donde se venden ganados, ropas y alhajas, cifrándose en ella casi todo el comercio interior que se hace en este país fuera de los mercados semanales; y en ello gozan de un gran beneficio sus moradores, porque estando su población dispersa y dividida en pequeños caseríos, sería muy gravosa á la gente aldeana la necesidad de ocurrir á los pueblos agregados, que son muy pocos y distantes entre sí, para surtirse de los objetos de consumo que no se venden en sus comarcas. Reservan, pues, para el tiempo de las romerías el tráfico y surtimiento de sus necesidades, uniendo así la utilidad y regocijo, que son los dos primeros objetos de la felicidad de un pueblo.

En fin, las visitas á la ermita, la misa, la procesión y la compra de géneros comestibles, llenan el espacio de la mañana, y van acercando la hora de la comida, que no es como entre nuestros perezosos cortesanos muy entrada la tarde, sino precisamente cuando el sol subido á lo más alto del cielo, señala la mitad de su carrera luminosa.

Entonces sí que es ver aquel gran concurso, dividido en diferentes ranchos, colocarse á la sombra de algún árbol frondoso á orilla de un río, de un arroyo ó fuente cristalina para hacer sus comidas. La frugalidad y la alegría presiden á ellas. La leche, el queso, la manteca, las frutas verdes y secas, buen pan, y buena sidra, son la materia ordinaria de estos banquetes, y los hacen tan regalados y sabrosos, que no hay alguno de los convidados que no pudiera cantar con el Horacio español:

Á mí una pobrecilla
 mesa de amable paz bien abastada
 me basta, y la vajilla
 de fino oro labrada,
 sea de quien la mar no teme airada.

Después de haber sesteado un rato por los lugares amenos y sombríos de aquel contorno, se empiezan á disponer las danzas, que sirven de ocupación al resto de la tarde. Estas danzas no son menos sencillas y agradables que los demás regocijos del día. Cada sexo forma las suyas separadamente,

sin que haya ejemplar de que el desarreglo ó la licencia los hayan confundido jamás. El filósofo ve brillar en todas partes la inocencia de las antiguas costumbres, y nunca esta virtud es más grata á sus ojos que cuando la ve unida á cierta especie de placeres, que la corrupción ha hecho en otras partes incompatible con ella.

Aunque las danzas de los hombres se parecen en la forma á la de las mujeres, hay entre unas y otras ciertas diferencias bien dignas de notarse. Seméjense en unirse todos los danzantes en rueda, asidos de las manos, y girar en rededor con un movimiento lento y compasado, al són del canto, sin perder ni interrumpir jamás el sitio ni la forma. Son una especie de coreas á la manera de las danzas de los antiguos pueblos, que prueban tener su origen en los tiempos más remotos y anteriores á la invención de la gimnástica. Pero cada sexo tiene su poesía, su canto y sus movimientos peculiares, de que es preciso dar alguna razón.

Los hombres danzan al són de un romance de ocho sílabas, cantado por alguno de los mozos que más se señalan en la comarca por su clara voz y por su buena memoria; y á cada copla ó cuarteto del romance responde todo el coro con una especie de estrambote, que consta de dos solos versos ó media copla. Los romances suelen ser de guapos y valentones, pero los estrambotes contienen siempre alguna depreciación á la Virgen, á Santiago, San Pedro ú otro santo famoso, cuyo nombre sea asonante con la media rima general del romance.

Esto me ha hecho presumir que tales danzas vienen desde el tiempo de la gentilidad, y que en ellas se cantarían entonces las alabanzas de los héroes, interrumpidas y alternadas con himnos á los dioses. Lo cierto es que su origen es muy remoto; que el depravado gusto de las jácaras es muy moderno, y que la mezcla de ellas con las súplicas á los santos es tan monstruosa, que no pudieron nacer en un mismo tiempo, ni derivarse de una misma causa.

Tampoco sería extraño presumir que estas danzas eclesiásticas, y que tienen cierto sabor á los usos y estilos litúrgicos de la media edad, pudieron ser traídas acá por los romeros que en ella venían á peregrinar por este país; pues ya sabe usted que las romerías de San Salvador en Oviedo fueron en algún tiempo muy frecuentadas, y aun de ellas dura todavía

algún resto. Lo cierto es que esta mezcla de devoción, regocijo y francachela, tiene parecer muy conforme al espíritu de los siglos supersticiosos, y al carácter de aquellos devotos vagamundos, que con título de piedad andaban por entonces de santuario en santuario, dados á la vida libre y holgazana, comiendo, bebiendo y saltando por el rey de Francia.

Como quiera que sea, estas danzas varoniles suelen rematar muchas veces en palos, única arma de que usa nuestro pueblo; y como nunca la sueltan, vería usted á todos los danzantes con su garrote al hombro, que sostienen con dos dedos de la mano izquierda, libres los otros para enlazarse en rueda, seguir danzando en ella con gran mesura y seriedad. Sucede, pues, frecuentemente que, en medio de la danza, algún valentón caliente de cascos empieza á victorear á su lugar ó su concejo. Los del concejo confinante, y por lo común rival, victorean al suyo; crece la competencia y la gritería, y con la gritería la confusión; los menos valientes huyen; el más atrevido enarbola su palo; le descarga sobre quien mejor le parece, y al cabo se arma tal pelea de garrotazos, que pocas veces deja de correr sangre, y alguna se han experimentado más tristes consecuencias.

Para remediar estos abusos, alguna vez ha pensado el Gobierno en prohibir el uso de los palos; pero ¡pobre país si esto sucediera! Los hombres, naturalmente tímidos y amantes de su conservación, gustan de llevar consigo alguna prevención, alguna defensa contra los insultos que les amenazan. Prohibido el uso de los palos, entrará sin duda el de las navajas y cuchillos, armas mortíferas que hacen á otros pueblos insidiosos y vengativos, y enervan y extinguen el valor y la verdadera bizarría.

Ni por este uso debe usted tachar de bárbaros á mis paisanos. Semejantes escenas, además de interesar en gran manera la curiosidad por cuanto hieren fuertemente la imaginación de los espectadores, son muy del gusto de los pueblos no corrompidos por el lujo, y en cierto modo están unidas á la condición misma de nuestra humanidad. «El hombre, dice el »sabio Ferguson (1), es demasiado propenso á las lides y á

(1) *Ensayo sobre la historia de las sociedades civiles*, sección IV.

»emplear sus facultades naturales contra cualquiera enemigo: »gusta de ensayar su razón, su elocuencia, su constancia y »aun su vigor y fuerzas corporales. Sus recreos son muchas »veces imagen de la guerra: el sudor y la sangre suelen co- »rrer en sus juegos, y las fracturas y aun la muerte dan tér- »mino alguna vez á las fiestas y pasatiempos de su ociosidad. »Nacido para morir, hasta en su diversión halla su camino »para el sepulcro...»

Dejemos, pues, á los pueblos frugales y laboriosos sus costumbres, por rudas que nos parezcan, y creamos que la nobleza del carácter en que tienen su origen merece por lo menos esta justa condescendencia.

Pero las danzas de las asturianas ofrecen ciertamente un objeto, si no más raro, á lo menos más agradable y menos fiero que las que acabamos de describir. Su poesía se reduce á un solo cuarteto ó copla de ocho sílabas, alternado con un largo estrambote, ó sea estribillo, en el mismo género de versos, que se repite á ciertas y determinadas pausas. Del primer verso de este estrambote que empieza:

Hay un galán de esta villa,

vino el nombre con que se distinguen estas danzas.

El objeto de esta poesía es ordinariamente el amor, ó cosa que diga relación á él. Tal vez se mezclan algunas sátiras ó invectivas, pero casi siempre alusivas á la misma pasión, pues ya se zahiere la inconstancia de algún galán, ya la presunción de alguna doncella, ya el lujo de unos, ya la nimia confianza de otros, y cosas semejantes.

Lo más raro, y lo que más que todo prueba la sencillez de las costumbres de estas gentes, es que tales coplas se dirigen muchas veces contra determinadas personas; pues aunque no siempre se las nombra, se las señala muy claramente, y de forma que no pueda dudarse del objeto de la alabanza ó la invectiva. Aquella persona que más sobresale en el día de la fiesta por su compostura, ó por algún caso de sus amores; aquel suceso que es más reciente y notable en la comarca; en fin, lo que en aquel día ocupa principalmente los ojos y la atención del concurso, eso es lo que da materia á la poesía de nuestros improvisantes asturianos. Ya ve usted si les será fácil indicar las personas sin nombrarlas expresamente.

Supongo que para estas composiciones no se valen nuestras mozas de agena habilidad. Ellas son las poetisas, así como las compositoras de los tonos, y en uno y otro género suele su ingenio, aunque rudo y sin cultivo, producir cosas que no carecen de numen y de gracia. Pongréle á usted dos ejemplos, entre mil que pudiera señalar, y si no entiende el dialecto, tenga paciencia, que otros le entenderán.

En una de estas romerías á que concurrió cierto amigo mío, se había presentado una fea que, entre otros adornos, llevaba una redecilla muy galana y color muy sobresaliente. Al instante fué notada de las mozas, que le pegaron esta banderilla:

Quitate la rede negra
y ponte la colorada,
para que llucia la rede
lo que non llu la tó cara.

En otra romería corrían muchos rumores acerca del susto que daba á un recién casado el galanteo que con su mujer traía cierto caballero de la Quintana. El novio, que por la cuenta era espantadizo, andaba no poco cabizbajo con esta sospecha. Se hizo público su cuidado, y al punto mis trovadoras soltaron su vena, y le consoláron con esta copla:

El que tien la mujer guapa
cabo cas de los señores,
más trabajo tien con ella
que en cabar y fer borrones.

También este uso puede tener muy fundada apología. En ninguna parte hiere tanto la sátira como donde es grande la corrupción de las costumbres, ó porque allí se aguzan más sus dardos, ó porque allí está el hombre más necesitado de tener corrido el velo de sus imperfecciones. Al contrario, la inocencia es tan tarda en sospechar el mal, como pronta y franca en decirle. Pero cuando le dice no le insulta, no le acrimina, ni, por decirlo así, le condena. Pudiera creerse que no le publica para castigarle, sino que le zahiere para descubrirle. Otra coplita bien singular probará á usted la sencillez de corazón con que nuestras asturianas cometen esta especie de imprudencia.

Era yo bien niño cuando el ilustrísimo señor don Julio Manrique de Lara, obispo entonces de Oviedo, se hallaba en su deliciosa quinta de Contrueces, inmediata á Gijón, el día de San Miguel. Celebrábase allí aquel día una famosa romería, y las mozas, como para festejar á su ilustrísima, formaron su danza debajo de los mismos balcones de palacio. El buen prelado, que estaba en conversación con sus amigos, cansado del guirigay y la bulla de las cantinas, dió orden para que hicieran retirar de allí las danzas: sus capellanes fueron ejecutores del decreto, que se obedeció al punto; pero las mozas, mudando de sitio, bien que no tanto que no pudiesen ser oídas, armaron de nuevo su danza, cantando y recantando esta nueva letra, que su ilustrísima celebró y oyó con gusto desde su balcón gran parte de la tarde:

El señor obispo manda
que s'acaben los cantares;
primero s'an d'acabar
obispos y capellanes.

Los estribillos con que se alternan estas coplas son una especie de retahíla que nunca he podido entender; pero siempre tienen sus alusiones á los amores y galanteos, ó á los placeres y ocupaciones de la vida rústica. Los tonos son siempre tiernos y patéticos, y compuestos sobre la tercera menor. Llevan la voz de ordinario tres ó cuatro mozas de las de más gallarda voz y figura, colocadas á la frente del coro, y las otras van repitiendo ya la mitad de la copla, ya el estribillo, á cuyo compás giran todas sin interrupción sobre un mismo círculo, pero con lentos, uniformes y bien acordados pasos. Entre tanto resuena en torno una dulce armonía, que penetrando por aquellos opacos y silenciosos bosques, no puede oirse sin emoción ni entusiasmo.

No constan estas danzas, como nuestros modernos bailes, de fuertes y afectadas contorsiones, propias para expresar unas pasiones violentas y artificiosas, sino de movimientos lentos y ordenados, que indican las tranquilas afecciones de un corazón inocente y sensible. Si esta es ó no una ventaja para los pueblos que la melindrosa corrupción tiene por bárbaros, no parece un problema difícil de resolver.

En estos entretenimientos se va pasando la tarde, y ya cer-

ca de su fin, llegan de refresco á la romería las damas y caballeros del contorno, que jamás dejan de participar de estas fiestas populares.

No saldrá de su casa una señora sin el séquito de muchos caballeros acompañantes que para el caso tienen ó buscan los mejores caballos y atavíos, y forman una vistosa y lucida comitiva. De estas cuadrillas, á que dan el nombre de tropas, suelen acudir algunas veces cuatro ó seis, y aumentan á un mismo tiempo el concurso, la curiosidad y la diversión del día.

Este es precisamente el punto en que más hierve el bullicio y la alegría de los concurrentes. Por todas partes se descubren objetos varios, y á cual más agradables á la vista. Á una parte se canta y se danza, á otra se tira á la barra, se juega y se retoza; aquí se trata de amores, allí se habla de intereses y contratos; estos beben, aquellos riñen, los otros corren, y en fin, reina sobre toda la escena un espíritu de unión, de alegría y de júbilo que todo lo anima, todo lo pone en movimiento, y se entra sin arbitrio en los más fríos y desprevenidos corazones.

¿Y creará usted que no faltan censores de tan amargo celo, que declamen contra estas inocentes diversiones? Ellas ofrecen el único desahogo á la vida afanada y laboriosa de estos pobres y honrados labradores, que trabajan con gusto todo el año, con la esperanza de lograr en el discurso del verano tres ó cuatro de estos días alegres y divertidos. Si se quitan al pueblo estas recreaciones en que libra todo su consuelo, ¿cómo podrá sufrir el peso de un trabajo tan rudo, tan continuo y tan escasamente recompensado? En otras partes se disponen á toda costa espectáculos suntuosos y magníficos para entretener á unos pueblos libres y corrompidos, y aquí ¿se privará á un pueblo inocente y laborioso de la única recreación que conoce, y que es tan inocente y tan sencilla como su mismo carácter?

Libreme Dios de ser patrono de la licencia y el desorden. Yo no movería mi pluma en favor de estas diversiones, si los hallase introducidos en ellas. Sé muy bien que á la sombra de estos regocijos suele andar alguna vez embozada la disolución, tendiendo sus lazos y acechando sus presas; pero ¿están libres de este peligro las concurrencias más santas?

¡Cuántas veces el libertinaje arma sus emboscadas en los ángulos de los templos! ¡Cuántas contrahace la devoción para combatir! ¡Cuántas se cubre del santo velo de la virtud para disfrazar los designios del vicio! ¿Y por esto pondremos un entredicho á las casas del Señor? ¿Cerraremos sus puertas á un pueblo entero de corazones fervorosos, para negar la entrada á un solo libertino?

Sé que entre los reprobadores de las romerías se encuentra al sabio Feijóo; pero ¿me atreveré á decir á usted lo que siento de su declamación? ¿Y por qué no? Léala, y si comparando su estilo pedantesco, su mala lógica y sus frívolos argumentos con sus otros escritos, no juzgase usted, como yo, que aquel discurso es un trozo de sermón trabajado en los primeros años, cuando no estaba aún ilustrada su razón crítica, ni formado su gusto, téngame usted por temerario. Pero entre tanto puedo oponer el dictamen de otro sabio benedictino, el de su mismo maestro el doctor Sarmiento. Vea usted lo que dice acerca de las romerías de Galicia, en un excelente tratado (*en mi MS.* 417), y comparando sus razones con las de su discípulo, decida por sí mismo.

Acaso me hará usted un argumento de mayor peso, alegando las prohibiciones de las romerías por el último sínodo de Oviedo (tít. 12, curso 1.º). Esta autoridad es demasiado respetable para que yo me atreva á combatirla, pero si diré que este sínodo sufrió varios retrasos en la aprobación, y aún está reclamado en varios puntos: que en este no ha sido ejecutado ni admitido, y por último, que perteneciendo esta materia en todas sus partes á la autoridad civil, ella sola es quien deberá regularla en todo tiempo. Quisolo hacer en el proyecto de nueva ordenanza del Principado: no accedió á la prohibición sinodal; quiso, sin embargo, dar leyes á estas diversiones; pero ellas son tales, que si por desgracia hubiesen obtenido la aprobación, hubieran por esta y otras razones hecho la ruina del Principado.

La música, la danza, los regocijos estaban de algún modo unidos á la religión de los antiguos pueblos. La misma nación santa, la única que en la antigüedad daba culto al Dios verdadero, los mezclaba á sus ritos y ceremonias. Vea usted las mujeres de Israel saliendo al encuentro de David y Saúl, vencedores del Filisteo. *Cantantes choreasque ducentes... in*

tympanis laetitiae etc. etc. precinebant ludentes. Vea usted el mismo Rey Profeta formando su coro de danzantes en la solemne traslación del Arca desde la casa de Obededón al palacio. (2, Reg., c. 5, 23.)

Este pueblo escogido, según la observación de Calmet, no conocía especie alguna de juegos, ni escénicos, ni de suerte, ni carreras, ni luchas de hombres y fieras. Un campo fértil y bien cultivado, donde cada uno reposaba contento á la sombra de su parra y de su higuera; los viejos sentados en la plaza, hablando de los negocios del común; los mozos corriendo alegres y vestidos de gala á sus fiestas y ceremonias públicas. Tal es la pintura de la felicidad del pueblo de Dios, cuyas peregrinaciones, solemnidades y convites eran siempre á los templos y en los templos. Dichoso el pueblo cuyas sencillas costumbres representan todavía al mundo corrompido una imagen de esta envidiable y primitiva felicidad que ha desaparecido casi de su superficie.

Si buscamos otros ejemplos en la antigüedad, hallaremos en los juegos de los egipcios, de los griegos y de los romanos mezclada siempre la religión, y rara vez introducido el desenfreno á la sombra de ella. Sin embargo, una razón política los fomentaba y sostenía, porque se juzgaban necesarios para la quietud y entretenimiento de los pueblos. Del romano, del pueblo que había dado la ley al mundo, decía Juvenal que estaba contento con que le diesen pan y juegos de Circo.

Pero entre nosotros... no más. No quiero meterme á declamador: creo que lo dicho basta para poner á usted de mi partido.

Manténgase usted bueno, etc.

CARTA NOVENA

Sobre el origen y costumbres de los vaqueros de alzada en Asturias

Amigo y señor: Si yo hubiese de hablar á usted de los vaqueros de alzada, que han de ser objeto de esta carta, según las ideas y tradiciones populares recibidas acerca de ellos, ó

si pudiese conformarme con lo que el vulgo cree de su origen, carácter y costumbres, pudiera ciertamente hacerle una pintura muy nueva y agradable de estas notables gentes; pero no lograría fijar, como deseo, las opiniones que las ensalzan ó envilecen. Tal suele ser la fuerza de todas las creencias populares: corren sin tropiezo largos años, sostenidas por la común preocupación, hasta que la buena ó mala crítica de los escritores las desvanece ó las autoriza. Mas cuando las plumas callan, como en esta materia, el tiempo las fortifica y perpetúa, y entonces el que quiera ser creído, no tiene más que adoptarlas é irse tras ellas.

Sin embargo, usted puede haber conocido que mi correspondencia dista igualmente del deseo de adquirir gloria por medio de relaciones vanas y portentosas, que de la ridícula pretensión de agradar temporizando con los errores y falsos principios. Mi método se ha reducido hasta aquí á observar cuanto puedo, según la rapidez de mis correrías, y á exponer á usted mi modo de pensar sin sujeción ni disimulo; y si alguna vez alabo ó vitupero, es sólo cuando la vista del bien ó el mal hacen que el corazón gobierne la pluma y le dicte sus sentimientos. Sin embargo, esta carta no dejará por eso de ser curiosa, porque ni callaré lo que comunmente se cree de los vaqueiros, ni dejaré de exponer mi sentir acerca de ellos, por más que se aleje de el de muchos que los tratan y observan continuamente más de cerca. Ello es que hay hartos puntos en que su modo de vivir y sus usos no se conforman con los del restante pueblo de Asturias; pero las señales que los distinguen no bastan para atribuirles remoto ni diferente origen. Veamos, pues, de dónde dimanen, y por qué, teniendo una misma derivación, tienen tan diferentes costumbres. Semejantes indagaciones, hechas sobre objetos propios y vecinos, deben ser preferidas á las que se emplean sobre tantos otros extraños y remotos: yo veo que decía muy bien un elocuente escritor, que los españoles habían sido más curiosos de conocer las cosas ajenas, que diligentes en ilustrar las propias. *Profecto dum nostra fastidimus aut negligimus, inquam alienis* (1).

(1) ALFONSUS SANTIUS, *De Rebus Hispaniae*. L. 7, C. 5.